

Fragilidad

Como han señalado numerosos teóricos, la fotografía posee un carácter indicial, es decir, está asociada a un referente inmediato e inexorable, del cual toma prestada su apariencia visual, y al cual remite cada vez que reconocemos lo que en ella se nos presenta. Algunos sintetizan esta propiedad en los conceptos de huella, rastro o vestigio. Para ellos, la fotografía es la imagen que queda como secuela de una existencia o acontecimiento, la materialización de un instante en el devenir del mundo convertido en un objeto perdurable.

Pensada desde esta perspectiva, podríamos decir que una lápida se parece a una fotografía, en tanto es un objeto perenne que recuerda la existencia de un individuo. Podríamos decir incluso –forzando la analogía– que también posee un carácter indicial, ya que se halla en una relación de contigüidad con el cuerpo que yace debajo de ella y al cual se refiere. Pero lo que un observador habitual ve en una lápida difícilmente se parezca a lo que ve en una fotografía. En aquélla, no es el indicio de una vida pasada, sino otro el que se nos hace más evidente: el de la finitud de nuestra propia existencia.

En determinadas ocasiones, los objetos mundanos tienen la capacidad de hablarnos de nosotros mismos. Pueden ser mucho más que meros entes físicos: pueden ser testimoniales, simbólicos, metafísicos. El uso y el abandono, la convivencia y la ausencia, el amor y el temor, los dotan de una vida en pleno sentido, con sus momentos de esplendor, reposo y decadencia. Y aunque no disfruten de la posibilidad del lenguaje, son sin embargo elocuentes: sólo hay que saber y estar dispuestos a escucharlos.

Las fotografías de Paula Toto Blake abordan esta elocuencia de los objetos mundanos pero desde un punto de vista personal. Las lápidas omnipresentes, los sillones abandonados en la nieve, las paredes descascaradas, hablan menos de su realidad material que de las proyecciones emocionales que la artista instrumenta con sutileza a través de ellos. Nada en ellas es descriptivo o anecdótico. Todas giran alrededor de un eje conceptual que las eximen de funcionar como meros documentos del mundo.

Ese eje es el de la fragilidad de la existencia, una debilidad que aunque sepamos inevitable pocas veces nos disponemos a abordar. Más aún, la fotografía misma es un instrumento de la negación de este hecho, toda vez que vemos en ella la manifestación de un tiempo detenido que congela a las cosas en una suerte de juventud permanente. Contradiciendo la inflación del instante, Toto Blake enfatiza las marcas temporales en la insistente decrepitud de los muros descascarados o en el rigor climático que acosa a un mueble abandonado. Sobre la eternidad impertérrita de las tumbas, interviene directamente, quebrando la superficie visual mediante el ejercicio de una pequeña violencia.

Imágenes de una serenidad perturbadora nos acompañan en una reflexión que quizás sólo puede afrontarse de esta forma indicial, metonímica, indirecta. O tal vez, porque en definitiva, como reza –con ironía– la lápida de uno de los máximos referentes del arte contemporáneo, “Por otra parte, los que mueren siempre son los demás” (Marcel Duchamp).

Rodrigo Alonso